

Rabindranaz Tagore

La luna nueva  
El jardinero  
Ofrenda lírica

Traducción de Zenobia y Juan Ramón Jiménez  
según el texto inglés, escrito o revisado  
por el propio autor



**Alianza** editorial  
El libro de bolsillo

Zenobia y Juan Ramón Jiménez obtuvieron la autorización exclusiva de Rabindranaz Tagore para traducir sus obras al español y publicarlas o representarlas en España y la América española.

Primera edición: 1983

Tercera edición: 2016

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Fotografía de Toya Legido

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Visva-Bharati University, Kolkata, India

© de la traducción: Herederos de Juan Ramón Jiménez

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1983, 2016

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)

ISBN: 978-84-9104-346-1

Depósito legal: M. 3.026-2016

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: [alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

# Índice

- 9 La luna nueva
- 47 El jardinero
- 105 Ofrenda lírica



# La luna nueva

(poemas de niños)

*El libro inglés de La luna nueva  
está dedicado a T. Sturge Moore*



EL POETA ESPAÑOL  
JUAN RAMÓN JIMÉNEZ  
AL NIÑO INDO DE  
LA LUNA NUEVA

*Estás aquí, sí; te sentimos con nosotros... Pero ¿en dónde estás? ¿Juegas en tu aldea, entre los lirios soleados, y te oímos hablando solo, cuando la brisa abre la retama de las playas, patrón de tus barquitos de papel; o estás ya en el cielo, barquero de la luna, derramando un rayo azul en el desvelo de tu madre?*

*Una infinita frescura, una ternera sin fin nos dicen, no sé cómo ni por qué, que existes. Pero ¿dónde? Te hemos conocido, sí; pero tú ¿nos ignoras? ¿Te vemos sin que tú nos veas, absorto en tus ensueños; o nos habías tú visto por el borde blanco de una nube negra, una noche de estío, sin que nosotros lo supiéramos?*

*¡Cómo llenas con tu pequeñez todo el universo! Parece que el mundo, chiquito como la luna que viste enredada en aquel árbol, es tu balón, y que jugando con él, haces lo que quieres con nosotros. Parece que tus manitas tostadas andan por nuestro corazón y que lo cierran y lo abren, como una granada, a su antojo.*

*Viene una esencia alegre y un resplandor triste... ¿Te abres, mimoso y sonriente sobre la falda de tu madre, y hay en el cielo una sillita vacía? Viene una esencia triste y una luz alegre... ¿Hay una flor amarilla de champaca sobre tu pecho parado y una nueva estrella bajo tu resurrección?*



## 1. El hogar

Iba yo lentamente por el camino de los campos, cuando el sol caído guardaba en el ocaso, como un avariento, su último oro. La luz se hundía en la sombra, más hondo cada vez, y la tierra viuda, segadas ya sus mieses, yacía silenciosa.

De pronto sonó por el cielo la aguda voz de un niño que cruzaba invisible la oscuridad, dejando el hilo de su canción suspenso en la hora callada. Su hogar lo estaría esperando al fin del llano seco, tras los cañaverales, al amparo de los plátanos, de las finas arecas, de los cocoteros y los verdinegros panes.

Me detuve un momento en mi solitario caminar, a la luz de las estrellas. La tierra profunda se tendía ante mí, abrazando una infinidad de hogares con cunas y camas, con corazones de madre y lámparas encendidas, con vi-

das jóvenes, alegres de esa alegría que no sabe todo lo que vale para el mundo.

## 2. En las playas

En las playas de todo el mundo se reúnen los niños. El cielo infinito se encalma sobre sus cabezas; el agua impaciente se alborota. En las playas de todos los mundos los niños se reúnen, gritando y bailando.

Hacen casitas de arena y juegan con las conchas. Su barco es una hoja seca y lo botan sonriendo en la vasta profundidad marina. Los niños juegan en las playas de todos los mundos.

No saben nadar ni saben echar la red. Mientras el pescador de perlas se sumerge y el mercader navega en sus navíos los niños escojen piedrecillas y las vuelven a tirar. Ni buscan tesoros ocultos ni saben echar la red.

El mar se encaracola en una carcajada y brilla pálida la playa sonreída. Olas asesinas cantan a los niños baladas sin sentido, igual que una madre que meciera una cuna. El mar juega con los niños y luce la pálida sonrisa de la arena.

En las playas de todos los mundos se reúnen los niños. Vaga la tempestad por el cielo sin caminos, los barcos naufragan en el mar sin rutas, anda suelta la muerte, y los niños juegan. En las playas de todos los mundos se reúnen en una fiesta grande, todos los niños.

### 3. El manantial

¿Sabe alguien de dónde viene el sueño que anda revoloteando por los ojos del niño? Sí. Dicen que vive en la aldea de las hadas; que por la sombra de una floresta, vagamente alumbrada de luciérnagas, cuelgan dos tímidos capullos de encanto, de donde viene el sueño a besar los ojos del niño.

¿Sabe alguien en dónde nació la sonrisa que está aleteando por los labios del niño dormido? Sí. Cuentan que en el ensueño de una mañana de otoño, limpia de rocío, el pálido rayo joven de la luna nueva, dorando el borde de una nube que se iba, hizo nacer la sonrisa que aletea por los labios del niño dormido.

¿Sabe alguien en dónde estuvo escondida tanto tiempo la dulce y suave frescura que florece en las carncillas del niño? Sí. Cuando su madre era niña, empapaba su corazón de un tiempo y callado misterio de amor, suave y dulce frescura que ha florecido en las carncillas del niño.

### 4. El niño es así

Si el niño quisiera, podría volar ahora mismito al cielo. Pero por algo no se va. ¡Le gusta tanto echar la cabeza en el pecho de su madre y mirarla y mirarla sin descanso!

El niño sabe una infinidad de palabras maravillosas, aunque son tan pocos los que en este mundo entienden lo que él dice. Pero por algo no quiere hablar. Lo único que quiere es aprender las palabras de su madre. ¡Así pone ese aire tan inocente!

El niño tenía un montón de oro y perlas y se vino a esta vida como un pobrecito. Pero por algo vino así. ¡Pordioserillo desnudo, que se hace el desvalido para poder pedirle a su madre el tesoro de su afán!

El niño era bien libre en la tierra de la lunita nueva. Pero por algo regaló su libertad. ¡Él sabe la alegría inmensa que cabe en el rinconcito del corazón de su madre, y cuánto más dulce que la libertad es ser cojido y apartado entre sus brazos queridos!

El niño vivía en el mundo de la dicha perfecta y no sabía llorar. Pero por algo eligió las lágrimas. Porque si con su sonrisa se ganaba el corazón ansioso de su madre, sus llantitos por cualquier penita le atan un doble lazo de lástima y de amor.

## 5. La ronda invisible

¡Ay!, ¿quién pintó tu vestidillo, hijo mío, quién le puso a tu dulce cuerpecito esa batilla granate? Esta mañana, tambaleándote y tropezando, saliste corriendo a jugar al patio. Pero di, ¿quién te pintó tu vestidillo, hijo mío?

Di, ¿qué es lo que te hace a ti reír, capullito de mi vida? Tu madre te complace, parada en el umbral. Te toca las palmas y sus pulseras repiquetean y tú bailas con tu caña de bambú en la mano, pastorcillo mío. Pero ¿qué es lo que te hace a ti reír, capullito de mi vida?

Pedigüeño, ¿qué quieres tú, colgado así con las dos manos al cuello de tu madre? ¿Tú quieres, corazoncito ansioso, que arranque el mundo al cielo, como una fruta,

para ponerlo en la palmita rosada de tu mano? ¡Ay por-dioserillo!, ¿qué es, di, lo que me pides?

Alegre, el viento se lleva el retintín de las campanitas de las ajorcas de tus tobillos. Sonríe el sol mirándote cómo te vistes. El cielo te vela mientras duermes en los brazos de tu madre, y la mañana viene de puntillas a tu cuna a besarte los ojos. El viento alegre se lleva el retintín de las campanitas de las ajorcas de tus tobillos.

El hada madrina de los sueños viene en el cielo crepuscular volando hacia ti. Todo el sentimiento maternal del mundo está contigo en el corazón de tu madre. Al pie de tu ventana toca su flauta el cantor de las estrellas. Y el hada madrina de los sueños viene en el cielo crepuscular volando hacia ti.

## 6. La ladrona del sueño

—A ver, ¿dónde está esa que se llevó el sueño de los ojos del niño? ¡Yo la encontraré!

La madre cojió el cántaro, se lo echó a la cintura y se fue por agua a la otra aldea. Era ya el mediodía. Los niños se habían cansado de jugar y los patos callaban en el charco. El pastorcillo dormía a la sombra de la higuera. Sería, fija, la cigüeña se eternizaba en el estero del bosque de los mangles... Y la ladrona del sueño vino, cojió el sueño de los ojos del niño y se fue volando. Cuando volvió la madre, se encontró al niño gateando por el cuarto.

—¡A ver!, ¿dónde está esa que robó el sueño de los ojos de mi niño? ¡Yo la encontraré!

¿Dónde se mete esa picarona? La cojeré y la ataré. La buscaré en aquella cueva oscura donde el arroyito chorre entre los pedrotes medrosos. La buscaré entre la sombra dormidera del bosque de baculas, donde las tórtolas se arrullan en su rincón, donde las ajorcas de las hadas repiquetean en la honda paz de las noches estrelladas. Me asomaré anochecido al silencio suspirante de la vega de bambúes, donde derrochan su luz las luciérnagas. Y preguntaré a quienquiera que me encuentre: ¿Sabe alguien dónde se mete la ladrona del sueño?

—¡A ver!, ¿dónde está esa que coje el sueño de los ojos del niño? ¡Yo la encontraré!

¿Dónde, dónde está? ¡Buena leccioncita le daría yo si la encontrara! Levantaría la piedra de su escondite, cojería todo el sueño que tiene allí robado y me llevaría el botín a casa. Y a ella la amarraría bien fuerte por las dos alas, la pondría en la orilla del río, ¡y que se divirtiera allí pescando con caña entre los juncos y lirios!... Y cuando por la noche se cerrara el mercado y los niños estuvieran en la falda de sus madres, irían los pajarracos nocturnos y le graznarían burlonamente en las orejas: «¡Anda, a ver a quién le robas ahora el sueño!».

## 7. El principio

—¿De dónde venía yo cuando tú me encontraste? —preguntó el niño a su madre.

Ella, riendo y llorando, le respondió apretándolo contra su pecho: «Tú estabas en mi corazón, como su ansia, amor mío. Estabas con las muñecas de juguete de mi in-

fancia; y cuando cada mañana hacía yo la imagen de mi dios con barro, a ti te hacía y te deshacía. Estabas en el altar con el dios de nuestra casa; al adorarlo a él te adoraba a ti. Estabas en todas mis esperanzas y en todos mis cariños. Tú has vivido en mi vida y en la vida de mi madre. Tú fuiste viniendo, siglo tras siglo, en el seno del espíritu inmortal que rige el hogar nuestro. Cuando yo era una muchacha y mi corazón abría sus hojas, tú flotabas en fragancia a mi alrededor. Tu tierna suavidad floreció antes en mis carnes juveniles, como el color en el oriente antes de salir el sol. Primer amor del cielo, hermano gemelo de la luz del alba, bajaste al mundo en el río de la vida y al fin te paraste en mi corazón...».

¡Qué embeleso me sobrecoje al mirarte a ti, hijo, que siéndolo todo te has hecho mío; y qué miedo de perderte! ¡Así, bien apretado contra mi pecho! ¡Ay!, ¿qué poder mágico ha enredado el tesoro del mundo a mis débiles brazos?

## 8. El mundo del niño

¡Si yo pudiera encontrar un rinconcito tranquilo en el mismo corazón del mundo de mi niño! Sé que en él tiene estrellas que le hablan, y un cielo que baja hasta su cara para divertirlo con sus nubes tontas y sus bobos arcoiris. En él todos esos que parecen que nunca dicen nada y que nunca se mueven, se deslizan hasta su ventana y le cuentan cuentos y le ofrecen bateas cargadas de juguetes de ricos colores.

¡Si yo pudiera andar ese camino que cruza el pensamiento de mi niño, salirme de todas sus lindes, ir hasta donde los mensajeros desconocidos traen y llevan men-

sajes sin razón por reinos de reyes sin historia; hasta donde la razón hace barriletes con sus leyes y los echa al aire; donde quita a las acciones sus cadenas la verdad!

## 9. Cuándo y por qué

Cuando te traigo juguetes de colores, hijo mío, comprendo por qué hay ese juego de color en las nubes y en el agua, y por qué están pintadas las flores tan preciosamente... Cuando te traigo juguetes de colores, hijo mío.

Cuando te canto, amor mío, para que tú bailes, adivino por qué tienen música las hojas y por qué las olas ruedan sus coros de voces hasta el corazón maravillado de la tierra... Cuando te canto para que tú bailes, amor mío.

Cuando colmo de dulces tus manos codiciosas, hijo mío, entiendo por qué hay mieles en el cáliz de la flor, y por qué los frutos se cargan secretamente de ricos jugos... Cuando colmo de dulces tus manos codiciosas, hijo mío.

Cuando beso tu cara, amor mío, para hacerte sonreír, sé bien cuál es el placer que chorrea del cielo en la luz de la mañana, y el deleite que traen a mi cuerpo las brisas del verano... Cuando beso tu cara, amor mío, para hacerte sonreír.

## 10. Mala fama

No llores tú, hijo mío. ¡Qué malos deben de ser esos que siempre te están regañando sin motivo! ¿Te han llamado sucio porque cuando estabas escribiendo te manchaste de tinta los dedos y la cara? ¿Y no les da vergüenza? ¿Se



atreverían a llamar sucia a la luna nueva porque se ha tiznado la cara con tinta?

Hijo mío, por cualquier cosilla te culpan. Todo lo tuyo les parece mal. ¿Que te rompiste tu ropita jugando? ¿Y por eso te llaman destrozón? ¡Y no les da vergüenza! ¿Pues qué dirían de la mañana de otoño cuando sonrío detrás de las nubes rajadas?

Pero no les hagas tú caso, hijo mío. ¡Qué bien contaditas te tienen tus faltas! Todo el mundo sabe lo goloso que eres. ¿Y por eso te llaman tragón? ¿Y no les da vergüenza? Entonces, ¿cómo nos llamarían a nosotros porque tú nos gustas tanto que te comeríamos a besos?

## 11. El juez

Di de él cuanto quieras, pero yo sé mejor que tú y que nadie las faltas de mi niño.

Yo no lo quiero porque es bueno, sino porque es mi hijo. ¿Y cómo has de saber tú el tesoro que él es, tú que tratas de pesar sus méritos con sus faltas? Cuando yo tengo que castigarlo, es más mío que nunca. Cuando lo hago llorar, mi corazón llora con él.

Sólo yo tengo el derecho de acusarlo y penarlo, porque solamente el que ama puede castigar.

## 12. Juguetes

¡Qué feliz eres, chiquillo, tirado ahí en el polvo, jugando hora tras hora con ese palito! No puedo menos de reírme viéndote jugar y jugar toda la mañana con ese peda-

cillo de palo. Yo sumo y sumo, hora tras hora también, preocupado con mis cuentas. Y quizá tú, mirándome, piensas: «¡Vaya un juego tonto! ¡Qué ganas de perder la mañana!».

¡Ay chiquillo! ¡Yo he olvidado ya el arte de distraerme con palitos y con tortas de barro! ¡No quiero más que juguetes caros, reunir pedazos de oro y plata! Tú, con cualquier cosilla que te encuentras juegas contento. Yo malgasto tiempo y fuerzas en cosas que nunca podré tener. Pretendo atravesar el mar de la ambición con mi frágil barquilla, ¡y me olvido de que yo también estoy jugando!

### 13. El astrónomo

Yo sólo dije: «Cuando al oscurecer la luna llena redonda se enreda en las ramas del cadabo, ¿no podríamos cojerla?».

Pero Dada, como es mayor, se rió de mí y me dijo: «Eres la criatura más tonta que he conocido. La luna está lejísimos de nosotros. ¿Quién la va a cojer?».

Yo le dije: «¡Dada, tú sí que eres tonto! Cuando madre se asoma a la ventana y nos mira sonriendo jugar, ¿te parece a ti que está tan lejos?».

Dada me dijo otra vez: «¡Qué niño tan simple eres tú! Pero, vamos a ver, ¿dónde ibas a encontrar una red tan grande que cupiera en ella la luna?».

Yo le dije: «Estoy seguro de que podrías cojerla con las manos».

Pero Dada se echó a reír, y me dijo: «¡En mi vida he visto una criatura más tonta que tú! ¡Si la luna se acercara más ya tú verías lo grande que es!».

«Dada, ¡qué disparates enseñan en tu escuela! –le dije yo–. Cuando madre se inclina para besarnos, ¿te parece a ti tan grande su cara?».

Pero Dada me sigue diciendo: «¡Tú eres tonto, tú eres tonto!».

## 14. Nubes y olas

Madre, los que viven allá arriba en las nubes, me gritan: «¡Oye, jugamos desde que empieza hasta que acaba el día; jugamos con la aurora de oro y con la luna de plata!». Yo les pregunto: «Pero ¿cómo voy a subir hasta donde estáis vosotros, tan alto?». Y me contestan: «¡Ven-te hasta el borde de la tierra, alza las manos al cielo y te levantaremos con las nubes!». «¡Mi madre me está aguardando en casa! –digo yo–, ¿cómo podré dejarla y subir?». Y ellos se sonríen y pasan flotando...

Pero yo sé un juego más bonito que ése, madre. Mira: yo seré la nube y tú serás la luna. Te taparé con mis dos manos y el techo será nuestro cielo azul.

Los que viven en las olas me gritan: «¡Cantamos desde el amanecer hasta la noche; vamos más y más allá siempre y no sabemos dónde vamos!». Yo les pregunto: «Pero ¿cómo podré irme tan lejos con vosotros?». Me responden: «¡Ven-te a la orilla del mar, aprieta bien los ojos, espe-ra, y te arrastraremos con las olas!». Yo les digo: «Mi madre no quiere nunca que salga anochecido. ¿Cómo podré dejarla y huir?». Y ellos se sonríen y pasan bailando...

Pero yo sé un juego mejor que ése, madre. Yo seré la ola y tú serás la playa desconocida. Me echaré a rodar y

a rodar, y romperé riéndome en tu pecho. ¡Y nadie sabrá en el mundo donde estamos tú y yo!

## 15. La flor de la champaca

Oye, madre, si sólo por jugar, ¿eh?, me convirtiera yo en una flor de champaca, y me abriera en la ramita más alta de ese árbol, y me meciera muerto de risa en el viento, y bailara sobre las hojas nuevas, ¿sabrías tú que era yo, madre? Tú me llamarías: «Niño, ¿dónde estás?». Y yo me reiría para dentro y me estaría muy quietecito. Abriría muy despacio mis hojas y te vería trabajar.

Cuando después de bañarte tú pasaras con el pelo mojado abierto sobre tus hombros, por la sombra de la champaca al patinillo donde rezas, sentirías el perfume de la flor, madre, pero no sabrías que salía de mí. Cuando después de la comida estuvieras sentada en la ventana leyendo el *Ramayana*, y la sombra de mi árbol te cayera en el pelo y en la falda, yo echaría mi sombra chiquitita en la hoja de tu libro, en el mismísimo sitio en que estuvieras leyendo. Pero ¿adivinarías tú que era la sombrita de tu hijo? Cuando al anochecer te fueras al establo con la lámpara encendida, yo caería de pronto otra vez al suelo y sería otra vez tu niño, y te pediría que me contaras un cuento.

«¿Dónde has estado tú, picarón?» «No te lo cuento, madre», nos diríamos.

## 16. El país de las hadas

Si alguno llegara a saber dónde está el palacio de mi rey, el palacio desaparecería en el aire. Sus muros son de plata blanca y su techo de oro vivo. Mi reina vive en un alcázar que tiene siete patios y lleva una joya que costó todo lo que valían los siete reinos. Pero déjame tú decirte bajito, madre, dónde está el palacio de mi rey. Mira: está en aquel rincón de la azotea donde está la maceta de la albahaca.

La princesa duerme encantada en la última playa de los siete mares que nadie pudo pasar. Nadie en el mundo puede encontrarla más que yo. Oye: tiene los brazos llenos de brazaletes y gotas de perlas en las orejas. Su cabello le llega al suelo. Se despertará cuando yo la toque con mi varita de virtud; y cuando se sonría se le caerán las joyas de sus labios. Pero déjame decírtelo bajito, madre: la princesa está en aquel rincón de la azotea donde está la maceta de la albahaca.

Cuando sea la hora de irte a bañar al río, sube a la azotea, madre. Yo estaré sentado, mira, allí, en aquel sitio en que las sombras de las dos paredes se juntan. Sólo a la gata le consiento estar conmigo, porque la gata sabe dónde vive el barbero del cuento. Pero déjame tú decirte bajito, madre, donde vive el barbero del cuento: vive en aquel rincón de la azotea donde está la maceta de la albahaca.